

mi amigo y el

Sigfredo

ÓPERA EN TRES ACTOS

DE

WAGNER



Compendio del argumento, en español,

POR

GIL BLAS

SIGFREDO

Es propiedad. — Los ejemplares que no lleven la contraseña particular con que todos van señalados, son clandestinos y se perseguirá ante la ley á todo el que imprima ó venda otra clase de argumento de esta ópera. Queda hecho el depósito que marca la ley.

SIGFREDO

ÓPERA EN TRES ACTOS

Tercera jornada de la tetralogía **El Anillo del Nibelungo**,

POEMA Y MÚSICA DE

R. Wagner

Representada por primera vez en el Teatro Real de Madrid, la
noche del 7 de Marzo de 1901.



Compendio del argumento, escrito en español

POR

GIL BLAS

Primera edición.

MADRID

Imprenta-Ducazcal

Plaza de Isabel II, núm. 6

1901

1870

...

J. W. ...

...

...

...

...

...

INTERPRETACIÓN

PERSONAJES

ARTISTAS

<i>Brunilda</i>	Srta. AVELINA CARRERA.
<i>Erda</i>	» CONCEPCIÓN DALHANDER.
<i>La voz del pájaro</i>	» INNA TINROTH.
<i>Sigfredo</i>	Sr. D. VITO VACCARI.
<i>Mimo</i>	» CAYETANO PINI-CORSI.
<i>Alberico</i>	» CARLOS BUTI.
<i>El Viajero</i>	» JOSÉ LA PUMA.
<i>Fafner</i>	» AGUSTÍN LANZONI.

Director de orquesta: **Maestro Campanini.**

Director de escena: **Luis París.**

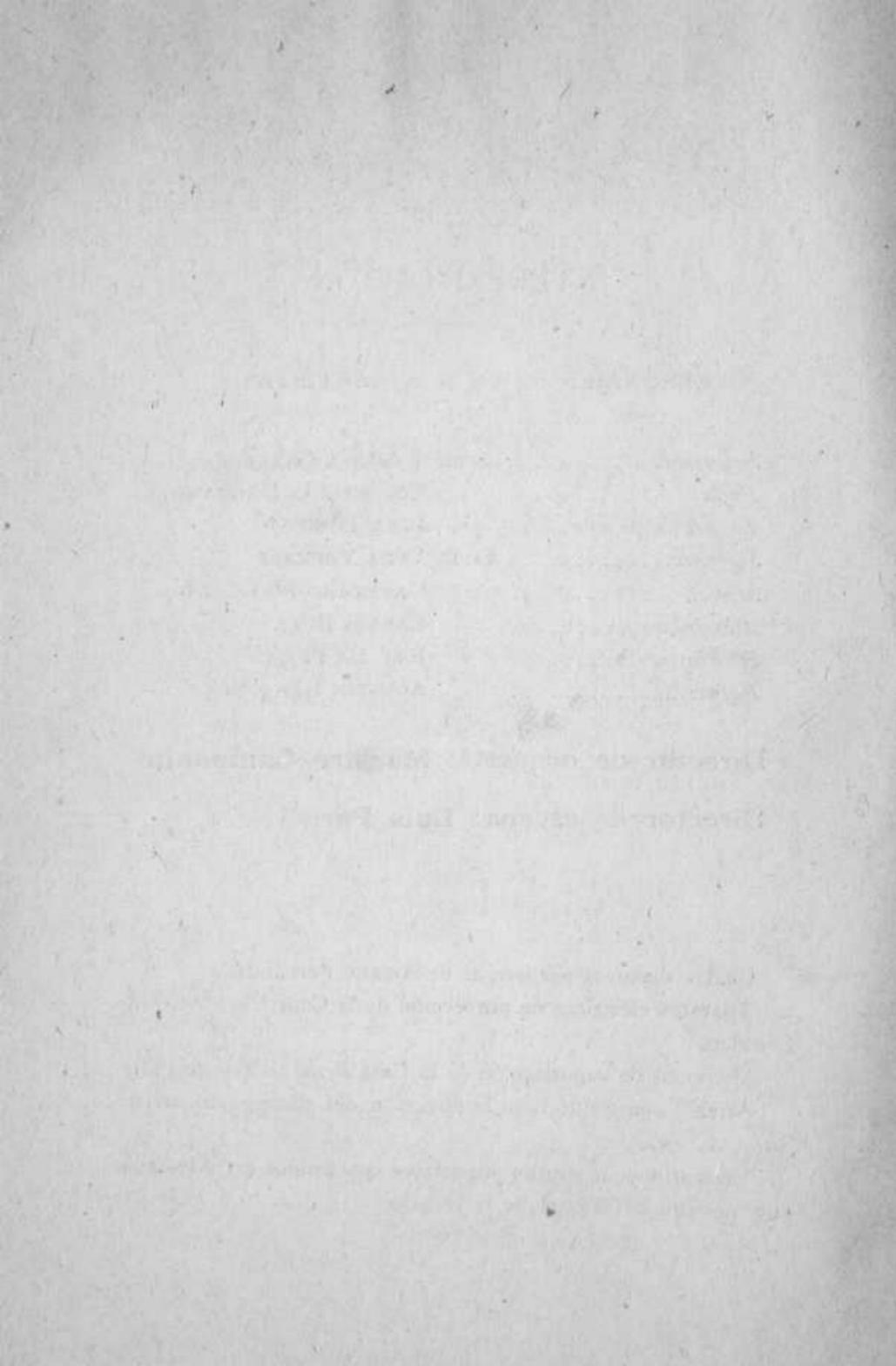
Cuatro decoraciones nuevas de Amalio Fernández.

Aparatos eléctricos de proyección de la Casa *Hugo Bähr* de Dresden.

Máquinas de vaporización de la Casa *Brulé & C.^{ie}* de París.

Atrezzo construido bajo la dirección del distinguido artist *Julio A. Tubilla.*

Vestuario y accesorios especiales construidos en Alemania con modelos del Teatro de *Bayreuth.*





ACTO PRIMERO

Decoración: Interior de una gruta que se prolonga hacia el fondo.—Dos excavaciones naturales conducen al campo.—En las rocas de la izquierda hay un hornillo de fragua. Sirvele de chimenea un hueco, también natural, que dejan las piedras en la parte superior.—Sólo hoy construido en la caverna por la mano del hombre, un fuelle grande, un enorme yunque y varios útiles de forjar.

ESCENA PRIMERA

Mimo es un enano nibelungo que habita la gruta. Trabaja desesperadamente por unir los trozos de la invencible espada *Nothunga*. Sabe que el hombre que la posea podrá conquistar los tesoros de los Nibelungos guardados en una tenebrosa caverna por el terrible gigante *Fafner*, que ha tomado la forma de un monstruo para custodiarlos mejor. Infinitas veces ha logrado Mimo unir los pedazos de la espada y otras tantas ha saltado en pedazos de mano de Sigfredo.

ESCENA II

Entra Sigfredo en la gruta, con traje primitivo. Trae una trompa de plata, suspendida de una cadena.—El gallardo mozo vuelve del bosque, conduciendo un oso amarrado por una cuerda, al cual hostiga para que acometa á Mimo, gozándose en aterrarle con la fiera.—El enano huye á esconderse tras del hornillo y desde allí promete á Sigfredo forjar la espada aquel mismo día. Sigfredo, en gracia de la promesa, despacha al oso, que se interna corriendo por el bosque. Tranquilizado Mimo, entrega el arma al mozo para que pruebe su temple, pero Sigfredo la hace pedazos al golpe que da con ella sobre el yunque. Sigfredo, encolerizado, insulta á Mimo, que queda abrumado con las injurias de aquél. Trata de contentarle ofreciéndole algunas viandas para cenar, pero el impetuoso muchacho tira por el aire cuanto le presenta el enano, entablándose el siguiente diálogo:

MIMO.—¿Este es el pago que me das?—¿Olvidas que te recogí en mis brazos siendo niño...? Yo te procuré sustento, abrigo y blando lecho. Jugué contigo en la infancia y, ya adolescente, te dí sanos consejos enseñándote á ser astuto. ¿El odio y el desprecio son tu recompensa?

SIGFREDO.—Habrás pretendido enseñarme mucho, pero yo no he aprendido nada. Tus manjares me dan repugnancia; en el lecho que me brindas jamás he dormido tranquilo, y á tus consejos, permanezco sordo. Cada vez que fijo en ti mi atención me inspiras mayor desprecio. Quisiera extrangular tu ser miserable entre mis manos... No puedo sufrirte. Huyendo de ti corro al bosque y el reptil más innoble me parece más agradable que tú. Sin embargo, no sé por qué, siempre vuelvo á tu lado.

MIMO.—Vuelves... porque reino en tu corazón; como

vuelve el pajarillo, ansioso de amor, al nido de donde salió.

SIGFREDO.—En el bosque los animales viven con sus hembras y cuidan de sus cachorros. ¿Dónde está tu compañera?... ¿Por qué no tengo yo madre?...

MIMO.—Tu padre soy yo.

SIGFREDO.—¡Mientes, imbécil! En las cristalinas aguas del río he visto reflejarse mi rostro y en nada se parece á ti. Habla, dí ¿quiénes fueron mis padres?

MIMO.—¡Vano empeño!

SIGFREDO (*cogiéndole por el cuello*).—¿Tendré que extrangularte?—¡Habla!... (*Lo suelta.*)

MIMO.—Es verdad; no soy tu padre, pero me lo debes todo. Cierta día hallé vagando por el bosque la mujer que te llevaba en su seno; la traje á mi gruta para auxiliarla y después, al darte vida, murió dejándote á mi cuidado.

SIGFREDO.—¿Y por qué llevo este nombre?

MIMO.—Fué voluntad de tu madre que se llamó Siglinda. Eres hijo de dioses y serás fuerte y arrogante.

Sigfredo pretende que Mimo pruebe cuanto dice y el enano prosigue sus revelaciones, diciéndole que con aquella espada, hoy rota, murió su padre.

SIGFREDO.—¡Yo quiero esa espada entera!—¡Quiero recorrer el mundo! ¡Ser libre! Si no eres mi padre ni mi casa es ésta, no ofrezcas lo que apenas sirve para ti. Ya lo sabes, necesito esa espada porque no quiero estar más á tu lado.

Y Sigfredo desaparece por el bosque sin que pueda detenerle Mimo con sus voces y súplicas.

ESCENA III

Mimo se sienta en una banqueta, muy abatido. Sabe que si no logra forjar y templar bien la espada morirá á manos del gallardo mozo. A poco penetra en la gruta el Viajero (Wotan) que viene por el bosque, cubierto

con una larga capa azul y un enorme sombrero. Trae en la mano la lanza.—Su aspecto es pobre y siniestro. Pide á Mimo hospitalidad ofreciéndole en pago buenos consejos, pero el enano le rechaza con malos modos, diciéndole que no los necesita y que quiere vivir solo en su gruta. El Viajero insiste empeñándole la cabeza si no sabe contestar á las preguntas que Mimo quiera hacerle y éste, por fin, acepta la *prenda* ofrecida y empieza el interrogatorio:

MIMO.—¿Cuál es la raza más miserable de la tierra?

VIAJERO.—La de los nibelungos, un día poderosa merced al mágico anillo del príncipe Alberico con el cual sometió al mundo conquistando sus tesoros.

MIMO.—¿Cuál es la más elevada?

VIAJERO.—La de los gigantes, á la cual pertenecieron Fasolt y Fafner que despojaron á los nibelungos del anillo y de los tesoros hoy guardados por Fafner que dió muerte á Fasolt en lucha fratricida.

MIMO.—¿Cuál es la estirpe que reina en la región de las nubes?

VIAJERO.—La de los dioses. Walhalla es su morada. Wotan es el rey, cuya lanza, cortada de la mejor rama de una encina, es invencible. Wotan es dueño y señor del mundo; los gigantes, los nibelungos, todos le guardan sumisión ¡Todos! (*En este momento el Viajero, involuntariamente da un golpe en el suelo con su lanza produciendo un ruido que espanta á Mimo*).

MIMO (*repuesto del terror*).—Has contestado bien á mis preguntas salvando tu cabeza por lo tanto.

VIAJERO.—Quisiste saber cuanto ignorabas y por sentarme á tu hogar te empeñé la vida, pero como me negaste albergue, si quieres ahora salvar la tuya, tienes que contestarme también.

MIMO.—Del dios Wotan recibo la inspiración. Pregunta, que procuraré defender mi cabeza, como has hecho tú.

VIAJERO.—¿A qué estirpe está menos propicio Wotan con serle la preferida?

MIMO.—A la de los Welsas.—De esta raza vienen

Siglinda y Sigmundo. Sigfredo es poderoso vástago de ellos.

VIAJERO.—Veo que eres sagaz. Continúo. Defiende á Sigfredo, un sabio nibelungo que quiere que mate á Fafner para apoderarse del anillo y los tesoros. ¿Cómo puede lograr esto Sigfredo?

MIMO.—Con la terrible espada Nothunga que Wotan dejó clavada en una encina. «Quien la arranque—dijo—será invencible». Sigmundo lo consiguió, pero después el dios la rompió con su lanza. Guarda los trozos un sabio forjador y con la ayuda de Wotan, Sigfredo volverá á poseerla.

VIAJERO.—Eres más listo que muchos sabios. ¿Quién puede unir los trozos de esa espada?

Mimo, aterrado, no sabe contestar á esta tercera pregunta y el Viajero, al ver callado á Mimo, le dice: —«Yo te lo diré y conste que has perdido la cabeza. Esa espada la templará el hombre que desconozca el miedo. A ese, le dejo también tu vida que para nada necesito.»

El Viajero sale de la gruta riéndose del enano y se interna en el bosque.

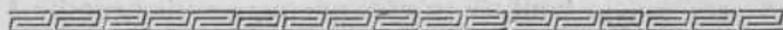
ESCENA IV

Mimo, más triste y aterrado que nunca, ve marchar al Viajero á través del bosque, que, en aquellos momentos, ilumina el sol. Regresa Sigfredo, quien le grita á Mimo: «¡Eh, viejo holgazán, dame la espada...!»

El enano, buscando un medio para escapar del compromiso, le habla de los misteriosos ruidos de la selva, del dragón monstruoso, del miedo... Pero Sigfredo no le hace caso, y viendo que no consigue su objeto principal, que es unir los pedazos de la espada, se pone él mismo á trabajar en la fragua, acompañando su labor con una canción improvisada.

Mimo comprende que Sigfredo va á conseguir lo que se propone y sin ser observado por él, le prepara

un brebaje con el que intenta hacerle caer en un pesado sopor durante el cual, podrá arrebatarse la espada, matar al dragón Fafner y apoderarse de los codiciados tesoros que guarda el monstruo. Entre tanto el arrogante Sigfredo continúa, contento, su trabajo, uniendo y templando la espada hasta que la ve concluída. Blandiéndola luego en sus manos da con ella un golpe tan tremendo sobre el yunque que lo parte en dos pedazos. Mimo cae desvanecido por el terror. Sigfredo, lleno de alegría, agita la espada en el aire.



AGUA DE COLONIA DE ORIVE

Notablemente mejorada. El mismo tipo en todos los envases. Por su baratura y condiciones eminentemente higiénicas, fué la única premiada en la Exposición Farmacéutica Nacional y obtuvo un primer premio en el IX Congreso de Higiene Internacional. Por su aroma exquisito y persistente compite con todas las extranjeras, siendo cuatro veces más barata que todas ellas.

Fascos corrientes de **0,75** á **3** pesetas. Fascos de lujo de **1,50** á **6,50** pesetas botella de un litro, **5,50**; lata de dos litros **8,50** pesetas; lata de cuatro litros, **16** pesetas. Desde dos litros se remite á cualquier estación de España á los mismos precios.

Farmacias y Perfumerías.—Bilbao, Ascao, 7; donde se dan muestras gratis á las personas que no la conozcan y la soliciten con su firma.

MADRID.—Capellanes, 1, duplicado.



ACTO SEGUNDO

Selva frondosísima á todo foro.—En la izquierda, al pie de un enorme acantilado, la entrada de la tenebrosa caverna del monstruo Fafner.—Al empezar el acto reina en la selva la más profunda obscuridad.

ESCENA PRIMERA

Alberico, rey de los enanos, príncipe de los Nibelungos y hermano de Mimo, aparece cobijado en una roca. Vigila y espera la llegada del nuevo día.—Un vivo y repentino resplandor, que luego desaparece dejando la selva en la anterior obscuridad, le advierte la presencia del Viajero que llega y se para delante del nibelungo. Alberico le dice al reconocerle, que continúe su camino porque sólo es mensajero de males y que si el afán que le trae es apoderarse de los tesoros, desista de tal empeño.—El Viajero le contesta que no ha pensado en ello, pero que tampoco él debe expíar el momento de alcanzarlos porque será inútil cuanto intente en ese sentido. *Tu hermano Mimo—añade el Viajero—también vendrá*

con igual ambición y sufrirá el mismo desengaño. Los tesoros serán conquistados por un héroe, por un hijo de los dioses, que ya está buscando la guarida de Fafner. ¡Vive alerta, Alberico!...

El Viajero se acerca á la caverna del monstruo y lo llama.—El terrible dragón despierta con un formidable bostezo y dice, desde el fondo de su cueva, contestando al Viajero y protestando de que turbe su calma, que Fafner no teme nada ni á nadie y que lo dejen en paz.

El Viajero advierte á Alberico que en breve sostendrá una lucha con su propio hermano y después desaparece por el interior de la selva, levantando á su paso violentas ráfagas de aire que van cesando á medida que él se aleja.—Comienza el crepúsculo matutino.—Alberico se interna también en la frondosidad de la selva.

ESCENA II

La luz de la mañana va acentuándose visiblemente en tanto que llegan Mimo y Sigfredo.—Este trae la espada Nothunga en el cinto.—Mimo registra con la mirada aquellos lugares salvajes, fijándose atentamente en la entrada de la caverna de Fafner que conserva su tenebrosa obscuridad, á pesar de que la luz del día va en aumento. Mimo llama la atención de Sigfredo hacia la caverna.—Han pasado la noche vagando por la selva hasta llegar á aquel peligroso sitio en donde el enano pretende que Sigfredo sepa lo que es el miedo, el terror. El mozo se burla de la ferocidad del monstruo, de que le habla Mimo, asegurándole que no le inspira el menor sobresalto y que lo matará. Después lanza de su lado al enano que huye hacia el bosque deseando la muerte de Fafner y de Sigfredo.

ESCENA III

Este se sienta al pie de un tilo corpulento. Medita, intentando descubrir el misterio que envuelve para él la existencia de sus padres y procurando verles con la imaginación, hasta que le distrae de sus meditaciones el canto de un pájaro que se halla en el mismo árbol. Sigfredo quiere adivinar lo que el ave pretende decirle con sus trinos é inmediatamente construye con una caña, una flautilla que le sirve de reclamo y con la cual desea entenderse con el pájaro.—Comprende que es inútil su intento, tira el rústico instrumento y entona una alegre canción con su trompa de plata.

A poco, en el fondo de la caverna, óyese mover al gigante Fafner que, bajo la siniestra forma de un enorme dragón, aparece por la izquierda lanzando un sonoro bostezo.—Sigfredo se vuelve para mirar al monstruo y se maravilla de su presencia, pero sonríte sin temor.—*Mira*—exclama el valiente muchacho.—*No sé lo que es el miédo y quiero aprenderlo.—Pero si tú no sabes enseñármelo te mataré.*

Sigfredo le dirige varios insultos, que Fafner oye *con aire de despreciativa superioridad*, y entonces el intrépido mozo empuña su espada y va hacia el monstruo, que al verle llegar, se incorpora sobre sus enormes patas para devorarle. Sigfredo esquivo los movimientos de la fiera; la lucha amenaza ser terrible. Fafner quiere alcanzarle de nuevo y darle una tremenda dentellada pero cuando más en peligro parece hallarse Sigfredo, logra éste herirle. Ruge el monstruo, intenta nuevamente darle alcance levantándose y presentando el pecho que Sigfredo le atraviesa de una profunda estocada. Cae Fafner y Sigfredo se retira de la fiera abandonando el arma invencible que le dejó clavada en el pecho.

SIGFREDO.—*¡Mi Nothunga te atravesó el corazón!*

FAFNER (*Moribundo*).—*¡Quién eres, temerario?... ¡Qué*

poder te asiste?—¿Qué juvenil ardor te impulsó al herir? La estirpe de los gigantes acaba en tus manos, pero no olvides que el que te trajo á mí... desea también tu muerte.

SIGFREDO.—*Puesto que ella te hace ser prudente, dime á quién debo pedir apoyo. Soy Sigfredo.*

FAFNER.—*¡¡¡Sigfredo!!! (El monstruo hace un estremecimiento y expira).*

SIGFREDO.—*¡Bah! De un muerto nada puedo aprender. ¡Ven tú, viviente espada mía!*

Sigfredo se acerca al cuerpo inanimado de Fafner y le arranca la espada, manchándose la mano de sangre que trata de limpiar con la otra. Después, se lleva involuntariamente los dedos á la boca y al tropezar en sus labios la sangre de Fafner adquiere la facultad de entenderse con el pájaro.—Este le dice en aquel mismo momento.—*El oro de los Nibelungos es tuyo. Entra en la caverna; coje el yelmo y el anillo y serás dueño del mundo.*

Sigfredo da las gracias al pájaro por su revelación y desaparece por la boca de la caverna de Fafner.

ESCENA IV

El astuto enanillo Mimo se presenta, mirando en torno suyo con recelo. Quiere asegurarse de que Fafner *está bien muerto*. Por el lado opuesto aparece Alberico que contempla fijamente á Mimo. Este se dirige cautelosamente hacia la caverna en pos de los tesoros y aquél se le interpone porque también los ambiciona. Ambos creen tener igual derecho y se disputan el botín en viva polémica, profetizada por el Viajero. Mimo propone una transacción, que Alberico no acepta, por lo cual le amenaza Mimo con el brazo de Sigfredo, quien se presenta en este momento por el fondo con el yelmo y el anillo famosos. Los hermanos Nibelungos desaparecen por el interior de la selva concibiendo la idea de despojar á Sigfredo de sus tesoros.

ESCENA V

Sigfredo llega otra vez al pie del árbol con aspecto meditabundo, después de haber dirigido una mirada á su víctima. Se ha colocado el yelmo en la cintura y el anillo en un dedo.—Después de una breve pausa, mira hacia el sitio de donde salió antes la voz del pájaro y escucha. El pájaro vuelve á cantar diciéndole que «no se fíe del enano hipócrita y adulador». Sigfredo comprende el alcance de este consejo y ve llegar á Mimo, sin inmutarse, pero prevenido en contra del ambicioso Nibelungo.

ESCENA VI

Mimo pretende engañar á Sigfredo para arrebatarle los tesoros, mas viendo que nada consigue, acaba por confesarle que lo ha criado en espera de esta recompensa. Sigfredo no cede y ante la entereza de éste, Mimo le ofrece taimadamente, una bebida, preparada por él, para «reparar la fatiga de la lucha que sostuvo con Fafner». Sigfredo adivina la superchería del bebedizo, empuña la espada y con un gesto de supremo disgusto, mata de un tajo al enano que cae desplomado á sus pies, en tanto que Alberico, ríe á carcajadas oculto en la selva.

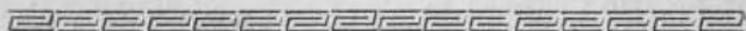
Sigfredo coge el cadáver de Mimo y lo lanza hacia el fondo de la caverna.

En pleno día, Sigfredo, fatigado realmente, viene á descansar debajo del tilo, en el cual salta y revolotea el ave *parlera*, cuya suerte envidia, viéndola tan feliz, jugando con otros pajarillos.

SIGFREDO.—¿Dime, dime dónde encontraría yo también un compañero fiel...?

PÁJARO.—*Te lo diré. Voy á llevarte á una elevada cima en donde duerme, rodeada de fuego, la mujer inmortal. El que desconozca el miedo, el héroe que atravesase las llamas, será dueño de Brunilda.*

Sigfredo, al oír esto, se levanta con rapidez y siguiendo anhelante el vuelo del pájaro, desaparece detrás de él por el fondo de la selva.



La Sacarina, el Salol y el Acido salicíctico

que contiene un dentífrico alemán son absolutamente nocivos al esmalte dentario.

El Licor del Polo carece de substancias tan perjudiciales y se compone solamente de vegetales, todos ellos completamente saludables y eficacísimos para los dientes y encías.

De venta en todas las farmacias y droguerías.

Por mayor, **G. García, Capellanes, 1, duplicado.**



ACTO TERCERO

Cuadro primero.

*Montaña roquiza y árida cerca de la roca de las walkyrias.
En la izquierda, una cripta natural, entrada á un abismo in-
sondable donde se oculta la profetisa Erda, diosa de la sabi-
duría.*

ESCENA PRIMERA

El Viajero (Wotan) sale por entre las piedras de la derecha y con paso resuelto llega hasta la boca de la cripta, llamando á Erda para que despierte de su eterno sopor.—El antro se ilumina interiormente por un extraño resplandor azul que envuelve á la diosa como en una nube transparente; sus cabellos y sus vestidos despiden vivos destellos luminosos.—El Viajero dice á Erda que el reinado de Wotan toca á su fin y que le comunique su ciencia para defender su soberanía. Celoso del poder conquistado por Sigfredo, quiere opo-

nerse á que éste llegue á la roca y se haga dueño de Brunilda que yace en letárgico sueño.—Pero la diosa no atiende al ruego del Viajero, advirtiéndole que él lo dispuso y tiene que doblegarse á su propia ley.

—*¡Vuelve al abismo!*—exclama el Viajero—*¡Diosa de la sabiduría, reposa eternamente!*...

Erda desaparece por el fondo de la cripta, que vuelve á quedar sumida en la más profunda obscuridad.

El Viajero aguarda, apoyado sobre una roca, la llegada de Sigfredo, que sale á poco por la derecha. Un pálido resplandor de la luna ilumina las rocas en aquel momento.

ESCENA II

El Viajero sale al encuentro del arrogante mozo preguntándole adónde va.—Sigfredo dice que viene á despertar á la hermosa doncella que duerme sobre una roca, guiado por un pájaro, cuyo lenguaje pudo entender cuando se llevó involuntariamente á la boca su mano manchada con la sangre de un dragón al que dió muerte para demostrarle que no conocía el terror. Exige al Viajero que le indique el lugar que viene buscando y le amenaza, viéndole tuerto, con dejarle ciego.

VIAJERO.—Soy custodio de este collado, y mi poder cerrada tiene allí el alma varonil. Quien la despierte y la haga suya me habrá vencido. Un mar de fuego la rodea; el que aspire á Brunilda, desafía al sacro fuego. ¿No ves allá arriba el resplandor? ¡Huye, temerario!

SIGFREDO.—¡Huye tú antes!... Allí, donde el fuego sea más intenso, llegaré por Brunilda.

VIAJERO.—Si no temes al fuego, mi lanza detendrá tu camino, mi lanza, que jamás se rompió, mientras que tu espada fué otra vez hecha pedazos por mí.

SIGFREDO.—¡Oh, paterno enemigo...! ¡Te encuentro al fin para mi venganza...! (*Dándole un golpe con la espada le rompe la lanza en dos pedazos.*)

VIAJERO.—¡Sigfredo, sigue tu camino! ¡No puedo detenerte...! (*El Viajero desaparece por la obscuridad en tanto que Sigfredo trepa por las rocas y desaparece también.*)

La montaña se llena de llamas, siniestros resplandores y densa humareda, que la ocultan totalmente. La trompa de Sigfredo óyese á intervalos.

Cuadro segundo.

ESCENA III

Desaparecen las llamas y se extingue la humareda que descubre por completo la roca de las walkyras, en una de las cuales aparece Brunilda en la misma forma que Wotan la dejó en el tercer acto de *La Walkyria*, es decir, echada y cubierta con el casco y el escudo.—Sigfredo, que ha llegado á la cumbre de la roca por el lado opuesto, contempla absorto el agreste lugar y observa, maravillado, el horizonte, hasta que sus ojos se fijan en Brunilda y se acerca á ella con indecible curiosidad. En un principio, Sigfredo, que nada teme y que lo ignora todo, cree hallarse delante del cadáver de un guerrero. Levanta primero el escudo y observa que aquel cuerpo respira.—Corta después con especial precaución las anillas de la coraza, y al dejar descubiertos con sublime impudor los encantos de la virgen, exclama:

—¡No es un hombre...! Tiembla y se acobarda mi corazón...! ¡Madre mía! ¿Qué me sucede...?

Y el arrogante guerrero, dueño de la espada Nothunga, que no temió al espantable monstruo, sabe al fin lo que es el miedo ¡ante el cuerpo inanimado de la primera mujer que ve...!

Temblando, lleno de una inexplicable emoción, ja-

más sentida, junta sus labios á los de Brunilda, en un beso apasionado, abrasador, que la despierta de su letargo, incorporándose lentamente.

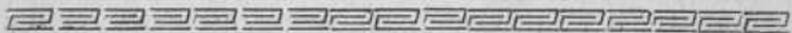
.....
 «Brunilda, va adquiriendo poco á poco conciencia de la vida; ve á su caballo Grane, que padece en la cercana pradera, reconoce sus atributos de walkiria y al recordar su misión y su virginidad de diosa rechaza á Sigfredo cuando éste quiere estrecharla entre sus brazos y se resiste á sacrificarlo todo por el amor terrestre...

Pero el amor triunfa y Brunilda, abandonándose á Sigfredo voluptuosamente, exclama:

—¡Tuya, tuya para siempre!

La virgen diosa, hecha mujer por el amor, cae en los brazos del hombre convertido en semidios por el heroísmo y por el destino.»

NOTA. Para la redacción de este modesto trabajo se ha tenido presente la admirable conferencia leída por su autor, D. Fé ix Borrell, en el Ateneo la noche del 21 de Febrero del presente año.



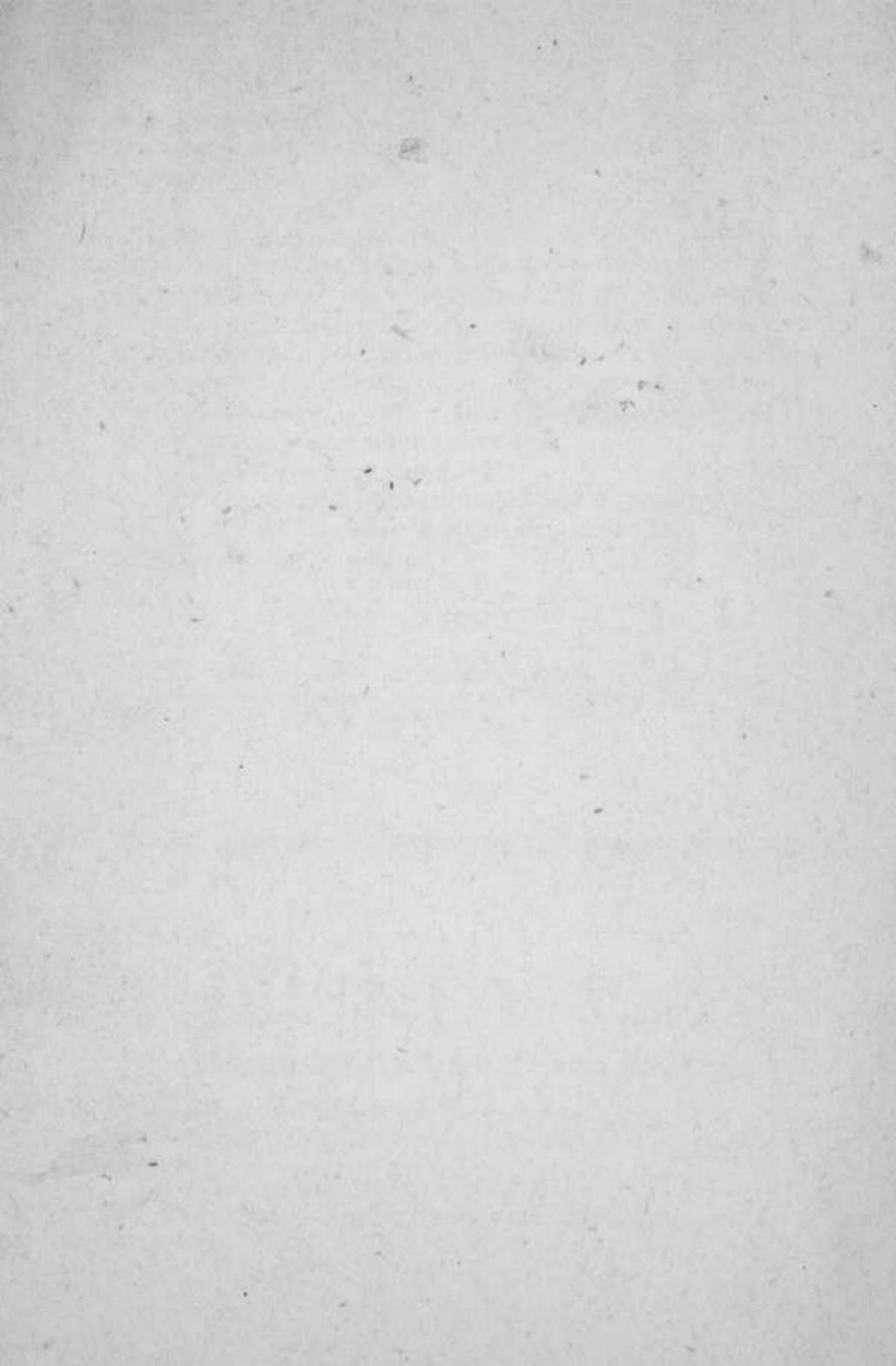
REUMA se alivia á la primera
 untura del prodigioso

Bálsamo antirreumático de Orive

cuyas asombrosas curaciones proporcionan gran crédito á los médicos que lo recetan, siendo la bendición de los enfermos que lo usan.

Dos pesetas frasco, Farmacias de crédito.

Por mayor, G. García, Capellanes, 1 duplicado.



200

